

Senderos de la retórica indígena y europea en México

SILVIA AQUINO

En recuerdo a Helena Beristáin

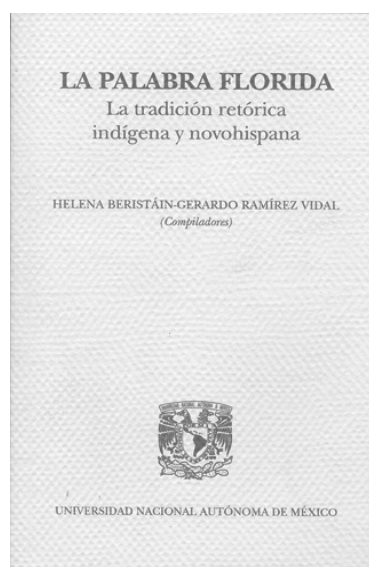
Antonio López Eire, lingüista, filólogo clásico, excelente traductor, magnífico orador y maestro querido de una de las universidades más antiguas de Europa, la Universidad de Salamanca, fallecido en 2008, es también una autoridad intelectual en el ámbito de la retórica. Al hacer el prólogo del homenaje a Helena Beristáin, cuyo título es *Encomio de Helena*, nombre tomado de la singular obra de Gorgias de Leontinos (ca. 483-372 a. de C.), nuestro estimado rétor afirma:

el ilustre sofista puso los
fundamentos de la Retórica
y la Poética al descubrir

el escasísimo alcance epistemológico del lenguaje en comparación con su insondable capacidad para la persuasión y el enhechizamiento [...] Helena Beristáin, la sabia maestra mexicana experta en poética y retórica, que con su entusiasmo contagioso y su trabajo incesante y de calidad se ha hecho acreedora a un reconocido y merecido prestigio a ambas orillas del mar océano, siguió con acierto el camino iniciado por el autor del *Encomio de Helena*, convencida de que el conocimiento de persuasión y enhechizamiento pueden mejorar al hombre (2004: 19).

López Eire concluye diciendo de Beristáin:

Ella ha estudiado el Lenguaje en acción y nos ha enseñado a muchos que el lenguaje nos está pidiendo a gritos que lo empleemos para la persuasión, para suavizar las relaciones humanas, para apreciar más a nuestros interlocutores y perfeccionarnos nosotros mismos mediante la amistad, y que lo convirtamos en poesía, que es el lenguaje que más persuade, que más suaviza, un lenguaje capaz de adaptarse



Helena Beristáin y Gerardo Ramírez Vidal (comps.), *La palabra florida. La tradición retórica indígena y novohispana*, México, UNAM, 2004, col. Bitácora de Retórica, núm. 19.

a la música, un lenguaje ritualizado para que los seres humanos celebren con él, cantando o recitando, la alegría que proporciona la amistad (p. 21).

Con estas palabras como preludeo, quisiera expresar algunas ideas y sentimientos que surgieron de la lectura del libro intitulado *La palabra florida. La tradición retórica indígena y novohispana*, que, aunque fue publicado hace ya diez años, no es un libro caduco, como podremos ver en seguida.

En primer lugar, se debe observar que no estamos ante un μέγα βιβλίον, μέγα κακόν “un gran libro, un gran mal”, como dijera Calímaco —poeta helenístico griego que vivió en Alejandría y fue director de la biblioteca más famosa del siglo III a. de C.—, sino

por el contrario, un libro breve, que nos permite encontrar problemas retóricos importantes; primero, de las culturas prehispánicas (la náhuatl, la maya, la huichol, la quechua) junto con el análisis preciso de la comunicación verbal de la rebelión zapatista de Chiapas inscrita en la “guerra de la tinta e internet” y, segundo, las dificultades retóricas de la lingüística a las que se enfrentaron algunos célebres frailes evangelizadores, como Bartolomé de las Casas, José de Acosta, Diego Valadés o Pablo José de Arriaga, que pretendían difundir de manera oral o escrita la ideología que ellos consideraban la mejor y única, y la que se sentían obligados a transmitir por medio de la enseñanza y la persuasión a los indios americanos.

Asimismo, la compilación aborda aspectos que, como dice el prologoista Gerardo Ramírez Vidal, hace falta estudiar con mayor profundidad, entre ellos, los avances en torno a diversos problemas de la retórica contemporánea. Adicionalmente, la bibliografía de cada artículo refiere toda una biblioteca de saberes a la cual podemos recurrir para nuevos estudios.¹

1 Señalaré los artículos que figuran en *La palabra florida...* que no se discuten aquí: Lillian Álvarez de Testa, “Los discursos de los viejos. Filosofía moral de los antiguos mexicanos”; Patrick K. Johansson, “Retórica náhuatl o la teatralidad del verbo”; Jorge Miguel Cocom Pech, “Retórica en los libros del *Chilam Balam de Chumayel* y del *Chilam Balam de Tuzik*”; Michela Craveri Slaviero, “La boca y el ojo en la comunicación oral: lenguaje e imágenes del *Rabinal Achí*”; Paula Cómez

Vayamos ahora a la segunda parte del libro, “La retórica clásica en la Nueva España”, en donde se encuentra una hipótesis interesante de Don Paul Abbott, de la Universidad de California, quien afirma que “la retórica del Nuevo Mundo representa el inicio, aunque sea tentativo, de una nueva retórica” (p. 229).² Sin olvidar, por supuesto, la persuasión muy poco pacífica que los conquistadores realizaron, Abbot parte de la idea de que los hombres del Renacimiento leían a los clásicos griegos en latín y tenían una idea fija del cristianismo; además analiza a dos personajes singulares, uno es Bartolomé de las Casas, cuyo argumento central es el de la “uniformidad esencial de los seres humanos”. Este fraile creía en la búsqueda de la persuasión “por medio de razones y

López, “La función retórica y la categoría de modo: el asertor de registro formal en huichol”; Rose Lema, “Los diálogos del *Calepino de Motul*: exploraciones en la historiografía de la otredad”; José Alejos, “Hablar del otro en mitología maya”; Soledad Flores Gutiérrez, “Retórica en *La Chaskañawi*. Funcionamiento de los tropos en el quechua”; Victoria Pineda, “Retórica y política territorial en la conquista de América”; Santa Arias, “Profesando la preceptiva humanista: la política y la poética misionera en la *Retórica Cristiana* de fray Diego Valadés”; Juan Carlos Gómez Alonso, “La memoria artificial en la retórica actual: fray Diego Valadés como antecedente”, y Eva Marqués López, “Pablo José de Arriaga y la retórica clásica en el Nuevo Mundo. Teoría y práctica”.

2 A partir de aquí, las citas pertenecen a *La palabra florida. La tradición retórica indígena y novohispana*, por ello, sólo se apunta el número de página.

la invitación y suave moción de la voluntad” (p. 221), lo cual tiene como fondo los conceptos tradicionales de la cultura occidental, que son la justicia, la equidad, la virtud y la religión.

Contraponiéndose a este raciocinio, el misionero José de Acosta retoma la tradición de Cicerón, autor y orador latino para quien lo más importante era ‘enseñar, complacer y mover’. De Acosta consideraba que los predicadores debían de persuadir a los indios de América “más por las emociones que por la razón” (p. 227), usando con frecuencia en sus sermones figuras retóricas como “los apóstrofes, las exclamaciones y otras figuras... de la oratoria” (p. 228). De ahí que el estilo de los frailes sea persuasivo, sencillo y nada rebuscado, a diferencia del que se empleaba en ese entonces en Europa.

En fin, la nueva retórica que plantea Abbott está en sincronía con el público al que iban dirigidos los mensajes de los evangelizadores del Nuevo Mundo, pues la audiencia de éstos se expresaba en varias lenguas y poseía una conceptualización del mundo diversa, por pertenecer a culturas distintas.

Otra interpretación interesante de la retórica novohispana puede apreciarse en el trabajo de Juan Carlos Gómez Alonso, de la Universidad de Madrid, quien reflexiona sobre las técnicas actuales de la comunicación y su aspecto visual, y menciona

la importancia que tuvo la memoria³ retórica en los autores clásicos grecolatinos, desde Aristóteles hasta Quintiliano, y los comentaristas cristianos de éstos: Alberto el Grande, Santo Tomás y Averroes. Gómez Alonso encuentra un desarrollo de “los sistemas mnemotécnicos orientados a la comprensión y basados en la conjunción de elementos abstractos y de la cultura oral” (p. 262), aportación llevada a cabo por el fraile franciscano Diego Valadés, nacido en Tlaxcala en 1533, que publicó en 1579 en Perugia, Italia, su *Retórica cristiana*, escrita en latín. La idea de Valadés deriva de la forma novedosa en la que la memoria artificial figurativa se daba entre los indios americanos. Por un pasaje citado en el artículo de Gómez Alonso, se comprende claramente el hecho:

Hay un ejemplo admirable de esto, en el comercio y en los contratos de los indios, los cuales, aun careciendo de caracteres para la escritura [...], se comunicaban unos a otros lo que querían por medio de ciertas figuras e imágenes. Suelen grabarlas en lienzos de seda, o en papel poroso, hecho de hojas de árboles. Tal costumbre ha perdurado hasta el presente,

3 Memoria es uno de los cánones en que se divide el proceso de elaboración de discursos.

en las tablas de sus cuentas (p. 233).

Así, la escritura jeroglífica queda circunscrita a un elemento comunicativo entre los indios y sus predicadores, pero, al igual que ocurre con nuestra escritura alfabética, es también un medio para preservar en la memoria pensamientos e ideas que han de expresarse en lugares concretos (templos, casas) y en imágenes palpables (grabados, dibujos).

Cabe destacar el texto de Jack J. Himelblau, de la Universidad de Texas, titulado “Una lectura deconstructiva de la *Historia de las Indias* de Bartolomé de las Casas: la transformación retórica de los hechos en ficción” y traducido por Lizbeth Concha Dimas; en él, Himelblau identifica la formación retórica ciceroniana de Bartolomé de las Casas, así como la influencia que tuvo el historiador judío Flavio Josefo (37-95 d. de C.) en la educación de este fraile dominico, alejado de los historiadores clásicos que mezclaban fábulas y ficciones erróneas en un ‘lenguaje verboso, elocuente y abundante de palabras’, con lo cual, a final de cuentas, engañaban a sus lectores. Himelblau refiere que De las Casas se identificaba con aquellos hombres sabios que habían sido partícipes u observadores de los hechos y poseían una integridad intelectual y ética que daba credibilidad a sus narraciones. Sin embargo, al analizar los hechos narrados

por Bartolomé de las Casas en su *Historia de las Indias*, Himelblau encuentra numerosas aporías; una, muy significativa, se refiere al famoso préstamo de las joyas de la reina española Isabel la Católica para la armada de Cristóbal Colón que habría de descubrir América y que, en los textos históricos, siempre se presenta como un cuento para niños, De las Casas

no pudo haber estado presente cuando tal conversación se efectuó (es decir, el diálogo de la Reina con Luis de Santángel, quien estaba haciendo el trámite para Colón) ni [...] las palabras de aquellos pudieron haber sido grabadas o registradas por ningún medio en el momento en que fueron dichas (a fines de 1491 o principios de 1492). Más aún, sin citar alguna fuente conocida, pareciera que el autor se las arregla de algún modo para obtener, después de 1527, cuando habían transcurrido ya veintisiete o veintiocho [*sic*] años, las palabras dichas por los personajes en su prístino estado oral, y presentarlas, *verbatim*, en forma escrita para el regocijo de toda la posteridad (p. 217).

Aporías, metátesis temporales, errores en su anamnesis y un

narrador omnisciente son las estrategias de Bartolomé de las Casas, con las que destruye “cualquier impresión de verosimilitud”, afirma Himelblau (p. 199). Los ejemplos presentados son numerosos y la conclusión de su trabajo lleva a un reconocimiento literario, aunque no histórico, de la obra de este fraile:

refinado estilista y hábil narrador de las temerarias hazañas humanas realizadas en lejanas, exóticas tierras. Visto desde esta perspectiva, Las Casas prueba ser uno de los mejores escritores, si no el mejor, de prosa creativa en español de su tiempo y uno de los mayores contribuyentes en la innovación de la narrativa española del siglo XVI (p. 217).

De la primera parte de *El lenguaje florido...*, “La tradición retórica indígena ayer y hoy”, se distingue el texto “El lenguaje del poder entre los mayas antiguos”, de Ramón Arzápalo Marín, de la Universidad Nacional Autónoma de México, quien nos informa de la historia de la lengua maya a partir del lenguaje cifrado denominado suyúa, el mismo que se menciona explícitamente en los libros *Chilam Balam* y *El Ritual de las Bacabes*. El autor hace una traducción directa de los textos que trabaja, puesto que no se fía de “las fragmentarias,

insuficientes y, a menudo, falseadas traducciones de los textos coloniales, debido en gran medida a los escasos conocimientos de las figuras contenidas en el registro empleado por los cultos sacerdotes mayas” y, además, “las interpretaciones de los hechos históricos, basadas en dichas traducciones” (p. 83) impiden comprender de manera verídica los textos. Veamos sólo un ejemplo del *Chilam Balam de Chumayel*, que consta de “acertijos de rico contenido en metáforas”:

Mehene,
ca a talez ten
huntul chuplal
hach cichpam
hach zac u uich
hach yan [uol] <uool> tii.
Uay in pulic u pic
[y] <yeetel> yipile tin tane.
Cay bacac be, yume.
Hex lic u katic
huncot ix tux ulum
u hantante.
Hex u pulic u pice
[y] <yeetel> yipile,
lay u thocol u kukmele
ca tun kaktabac
u tial hanal.
Zuyua than.

“Hijo mío,
ve a traerme
a una joven
muy bella
y de muy blanco
semblante;
tengo deseos de ella.
Aquí he de bajarle la enagua

y el vestido, ante mí”
“Así ha de ser, padre mío”.
Lo que solicita
es una pava
Para comérsela.
En cuanto a bajarle la enagua
y el vestido
significa quitarle las plumas
para asarla
y comérsela.
Es lenguaje de Suyúa.

[Manuscrito Chumayel:
40, trad. de R. Arzápalo]
(pp. 85-86).

Aquí el inquisidor tiene una actitud de clara superioridad social y su interlocutor está al comienzo del proceso iniciático celebrado antes de la llegada de los europeos a la península de Yucatán.

Es obvio que los conquistadores impidieron la escritura en la lengua original y “la nobleza indígena iba desapareciendo oficialmente a medida que el aparato administrativo español ocupaba estratégicamente todos los puestos de poder” (p. 85). Un pasaje muy interesante de este estudio tiene que ver con los rasgos característicos del lenguaje de suyúa, lleno de metáforas, donde hay profecías o curaciones, como en el siguiente texto:

115 La tah kakil
116 tin [kelci] <keelci> a uich.
117 Ca tin kelheche.
118 Co
<pel u naa>
119 ta uach

Aquí es donde, ¡oh fuego!
Te asé los ojos.
Y luego te asé todo.
[fe luna] Maldito diente: ¡el
coño de la madre
de tu miembro! (p. 89).

El médico sacerdote se expresa de modo irreverente, refiriéndose al ámbito religioso, por lo que “dentro de los parámetros etnocéntricos de algunos estudiosos de la lengua maya” (p. 89) no se comprendía el texto y, ahora, Ramón Arzápalo lo explica: se trataba de un médico sacerdote que maldecía a la deidad maligna, pues el texto tiene por nombre *Para los gusanos en las muelas*.

El autor termina con una profecía inquietante, en su opinión, tal vez al inicio de este milenio renacería la etnia ahau katun, que aparece en alguno de los textos analizados, y sostiene que quizás se sienta ya el arribo del Katun.

El artículo de June Nash, de la Universidad de Chicago, podría unirse ahora, empezando con la expresión ‘ya basta’, de raíz maya, que los zapatistas revolucionarios de las cañadas de la selva Lacandona formularon hace veinte años en varias lenguas, incluida el español. La pretensión de los zapatistas es “formar una sociedad pluricultural y pluriétnica en la que puedan vivir sin jerarquías de dominación” (p. 176). Sin embargo, el

trabajo realizado por Nash tiene que ver con la nomenclatura retórica de los elementos contrapuestos: el antiguo PRI que usaba un lenguaje distinto al de los partidos de oposición, mientras que la sociedad civil transnacional se articulaba en inglés y en algunas lenguas romances, de allí que el título sea ilustrativo y aclare las circunstancias que aún persisten en Chiapas: “‘La celebración de la palabra’ versus ‘Una guerra de tinta e internet’: la retórica de la rebelión de Chiapas”. Para recordar nuestra historia reciente vale la pena leer este artículo.

Para finalizar, debo decir que el apartado con el que inicia el libro constituye un clásico ejemplo de claridad, serenidad y emotividad del muy ilustre nahuatlaco Miguel León-Portilla, quien retoma los famosos *Huehuetlatolli*, que contienen consejos, muestras del camino y elementos persuasivos y nos siguen emocionando hasta ahora por su difrasismo tradicional como águilas o tigres, para los guerreros; flor o canto, para la poesía; el aliento o la palabra, para la enseñanza. Y constituyen “un legado de una literatura en verdad universal: la de todos los tiempos, todas las lenguas y todos los seres humanos” (p. 39).

Bien es cierto que los antiguos griegos crearon los manuales metodológicos para

la enseñanza de la retórica y que Isócrates, rétor y maestro ilustre de la misma disciplina, defendía a capa y espada la soberanía del logos, considerándolo útil para la participación política activa y para la historia, y la literatura; pero también nuestros indios, sin manuales de retórica, y sin haber concebido el mundo a la manera occidental, expresaron lo mismo: “Si alguna cosa te es dicha, te es comunicada, bien la escucharás, bien la pondrás en tu corazón, para que no la olvides y obres bien. No le darás vuelta, no la desdeñarás, no la rechazarás, no le harás desaire: es ella *la palabra*” (p. 39). LC

REFERENCIA

Antonio López Eire (2004), “Prólogo”, en Tatiana Bubnova y Luisa Puig (editoras), *Encomio de Helena. Homenaje a Helena Beristáin*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas, col. Ediciones especiales, núm. 33.

SILVIA AQUINO LÓPEZ. Maestra en Letras Clásicas por la Universidad Nacional Autónoma de México. Investigadora asociada de tiempo completo en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM. Sus líneas de investigación están centradas en la lengua y la literatura griegas, desde el siglo IV, épocas helenística y helenística romanas, hasta los inicios del cristianismo. Ha estudiado y traducido al español los *Seis discursos judiciales* de Isócrates (prosa, retórica y argumentación) y los mimiambos de Herodas. Actualmente imparte las asignaturas de Literatura griega III y IV en la Facultad de Filosofía y Letras. Secretaria de redacción de la revista *Nova Tellus*, Anuario del Centro de Estudios Clásicos.